

***INJURIA* O LA ESCATOLOGÍA ERÓTICA DE LOS CUERPOS**

Virginia Cano*

DATOS DE LA OBRA

Pérez García, A. [Apegé]. (2011). *Injuria*. Montevideo: Criatura Editora. ISBN: 978-9974-8313-1-5.

El deseo se transforma en rabia. La mano que acaricia deviene puño violento. El encuentro casual se trastoca en vejación. Los cuidados de una madre se pervierten en reprobación y prohibición. Las caricias gentiles de una amiga mutan en indiferencia. Una niña travesti juega encantada para horror de sus mayores. Un niño príncipe es destituido por un buen heredero. Y la mirada de imágenes se agolpa en el «escatológico» entramado autobiográfico de nuestro protagonista. *Injuria* nos propone un recorrido sinuoso por las desventuras, encuentros fugaces, recuerdos y reflexiones de aquel que, una vez niño príncipe e invisible, ha llegado a ser un periodista agobiado por la rutina y una sexualidad disidente.

Injuria se compone de las memorias tormentosas, y también encantadas, de un periodista treintón que, entre golpes, recuerdos de infancia y revolcones furtivos, intenta (re)escribir su pasado para abrirlo a un futuro mejor. Es la historia del niño, el muchacho y el adulto que, con una moral y unas prácticas anómalas, ha sido «negado, echado a un costado, amordazado» (Pérez García, 2011, p. 33), y que ahora se propone narrar, valientemente, su verdad. «No puedo desprenderme de mi carne» (Pérez García, 2011, p. 26), nos confiesa el narrador. De esa carne marcada por la injuria, la violencia, la invisibilización, la degradación, la vejación, el robo y el deseo culposo de enredarse con un desconocido. Este cuerpo encarna un drama personal que, entre reflexiones, reinscripciones y ensoñaciones, se intenta suturar.

Si una se deja llevar por las primeras apariencias, el escrito podría ser leído exclusivamente como la elaboración del trauma y el dolor autobiográfico

* Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, docente en la misma universidad e Investigadora del CONICET. Correo electrónico: virginiamcano@hotmail.com

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 348-350.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

del narrador, la reescritura salvífica de un yo que compone algunos retazos de su vida para construir un presente y futuro mejor. Así, aquel que se supo excremento desde niño —por enseñanza materna—, se proyecta al esperanzado futuro redentor: «No quiero detenerme en el pasado, lo que más deseo es el presente y el futuro, un yo construido, meditado. Y me siento valiente» (Pérez García, 2011, p. 34), reflexiona el protagonista. Efectivamente, esta reelaboración de las desventuras pasadas constituye el primer registro escatológico de la novela. La sucesión de anécdotas, memorias y pensamientos plagada de dolores y encuentros desafortunados, anuda la escritura de un duelo que se sabe siempre imposible, pero que se proyecta a un futuro en el que el yo —construido— ha hecho las paces con su pasado: «Es la historia de cada uno de mis pasos aceptarla, es el punto de partida de mi reconciliación» (Pérez García, 2011, p. 33). He aquí, entonces, la primera audición escatológica: aquella que transforma al nene-excremento-travesti en la voz valiente de un sobreviviente que se reinventa a sí mismo, a su yo, con el cuerpo, y con el texto.

Aún así, sería injurioso reducir la diseminada escatología propuesta en la novela a la mera reinención egológica y escritural de su narrador. En el cuerpo encorvado del escrito se escucha más de una voz. Emerge otro tono, y también otra audición, otro cuerpo, otra carne, otro dolor. *Injuria* puede parecer *prima facie* la historia de un homosexual sufriente que, entre palabras, denuncias, y verdades construidas a costa de dolor y esperanza, intenta suturar las heridas que lo atraviesan. «Pero hay otra escena: alguien está tirado boca arriba en una cama y de pronto otro alguien se acuesta sobre él. Se besan, se acarician. El recién llegado se levanta y se apoya contra una pared. El primero va hacia el otro y con los ojos cerrados lo vuelve a besar, baja hasta su sexo, vuelve a su boca y abre los ojos. De pronto descubre que el otro, sin dejar de serlo, también es él. Y no se asusta, no se acusa y se besa nuevamente» (Pérez García, 2011, pp. 65-66).

Hay otro cuerpo, también curvo y contaminado. Hay otros cuerpos y otras letras impropias que desafían el relato lúgubre de una sexualidad culposa y signada por la violencia. Hay una espera de otros modos de encuentros, de nuevas sexualidades, de otras modalidades de amar, de tocar, y de marcar o inscribirse en el otro. Más allá de la espalda curva y la marca de la paliza secreta en la carne del adulto, o mejor dicho, en esa misma herida abierta por —y a— los otros, se despunta una nueva voz y una nueva corporalidad. «Busco

el placer y cierto tipo de salvación que los cuerpos enredados permiten» (Pérez García, 2011, p. 63), dice el des/aventurado. «Yo me ofrezco a ser el amante universal de los efebos perdidos, a mostrarles que los besos, el deseo y cierta desintegración del cuerpo junto con el cuerpo como elemento no tienen que ver con la culpa. Yo quisiera redimirlos de antemano, enseñarles las coartadas, hacerlos fuertes, alimentarles el ego, evitarles el rebuscamiento, las oscuridades y las explicaciones» (Pérez García, 2011, p. 64). En esta otra cama, en este otro cuerpo, y en esta otra voz, la rabia se convierte en deseo. El puño en mano que da placer. La vejación en celebración de los amantes. La indiferencia en preocupación. Y es que es en el contacto de los cuerpos y en las marcas que inscribimos los unos en los otros, las unas en las otras, los otros en uno, donde anida la ocasión de una contaminación salvífica, y no necesariamente egológica. «Hay que tender la mano suponiendo que el otro es parte del juego. La apuesta perfecta: negarse a que esto sea una acumulación de repeticiones impropias. Entonces la acción empecinada: habrá asombro, será buscado como se fuma el último cigarrillo en una noche desvelada. Si la naturaleza no conmueve, las palabras inventarán el temblor» (Pérez García, 2011, p. 71). Es en la reivindicación de los otros cuerpos y de los cuerpos otros, en su capacidad salvífica, donde se abre un renovado horizonte escatológico.

Injuria entreteje el duelo con la celebración. En este texto combativo se anudan el duelo de aquellos que somos de algún u otro modo injuriados, marginados o desoídos con la celebratoria reivindicación de la contaminación de los cuerpos y los placeres, del peligro fértil de encontrarse y exponerse a los otros. Quizás la redención de cada uno se asiente justamente en ese lugar riesgoso en el que el encuentro con los otros cuerpos y las otras voces nos hace temblar las piernas, y las teclas. Es en esos momentos de encuentro donde el yo herido se abre a un nosotros. «No se puede vivir con miedo, hay que ejercer el derecho a la valentía. Hay que aceptar el riesgo, decir una verdad (la más propia), sino para qué todo» (Pérez García, 2011, p. 34). Es imperioso decir la palabra (im)propia, la que surge en nuestros (des)encuentros. El riesgo y la salvación están en los otros. Hagamos lugar para ellos, entonces. Dejemos que lleguen para conmover nuestros cuerpos y nuestros textos.